

príncipe, y por qué abandonais el retiro donde deberíais estar encerrado conforme á la regla ascética? — Teneis razon, señor, respondió Afraates, debería guardar soledad; pero la virgen mas retirada y mas tímida permanece sentada y quieta en medio de la casa paterna, cuando ve las llamas en ella? no por cierto; antes bien corre por todas partes para facilitar socorros. Vuestros arrianos ponen fuego á la Iglesia, y voy volando á apagarle. El emperador aunque muy enojado, nada le contestó; pero uno de sus eunucos profirió mil blasfemias contra el santo viejo. Habiendo ido poco despues este perverso á ver si el baño del príncipe se hallaba caliente, fué arrebatado de un frenesí, y se precipitó en el agua hirviendo, donde encontró la muerte y el castigo de su impiedad. Divulgóse este hecho en toda la ciudad de Antioquia, y los hereges quedaron llenos de terror; de manera que el mismo Valente no se atrevió á confinar á Afraates como lo tenia determinado (1).

Los sectarios, que se valian de todo género de medios, ó especiosos ó visiblemente falsos, para apoyar su doctrina con una autoridad tan respetada en Oriente como la de los solitarios, publicaron que Julian, por sobrenombre Sabas, esto es, el viejo ó el cano, pensaba como ellos acerca de la divinidad de Jesucristo. Era Sabas el mas célebre de todos los solitarios de la Siria, pues se sabia estaba dotado del don de milagros y de un modo muy particular. Le avisaron los católicos el falso rumor que se habia esparcido, y al punto se vino desde el pais de Edesa donde residia, para mostrar su creencia en medio de Antioquia. Se quedó inmediato á la ciudad al pie de un monte en una caverna, donde se decia que el Apóstol San Pablo se habia ocultado en otro tiempo y donde se reunian los fieles

(1) Filostrat. cap. 8.

perseguidos. A su llegada le acometió una fiebre muy violenta, lo que afligió en tanto grado á los ortodoxos, cuanto este accidente no parecia menos dañoso á la causa de la Religion que á la fama de su defensor; pero les dijo: «No os inquieteis, Dios me dará la salud si es útil á su gloria.» Se puso en oracion, y tuvo un copioso sudor que de repente le dejó libre de la calentura; despues de lo cual se presentó en todas partes acompañado siempre de católicos, confesando la fé con sus obras y con sus palabras, y confirmandola con un gran número de prodigios. Mientras estaba hablando el Santo, estendió la mano un pobre que se hallaba á la misma puerta de palacio sin poder hacer uso alguno de sus pies, y tocándole su manto, al momento se sintió sano, y principió á correr y á saltar con las mas vivas demostraciones de alegría, cuyo motivo se reunió allí una multitud de gente y llenó de confusion á los hereges. San Julian curó otros muchos enfermos, y del modo mas estupendo á un hombre distinguido, llamado Julian como él, y que estaba ya desauiciado. Estas maravillas nos las ha transmitido circunstanciadamente Teodoro, apoyado en el testimonio inmediato de testigos oculares (1).

El resentimiento de los arrianos se estendió al obispo de Edesa, llamado Barsas, que fué desterrado primero á Fenicia, despues á Ojirino, en Egipto, y por último á las incultas estremidades de la Tebaida. Quisieron poner otro obispo en su lugar; pero el pueblo de Edesa nunca quiso reconocerle. Se entregaron á los arrianos todas las iglesias, como se hizo en Antioquia, y los ortodoxos se juntaban de la misma manera en campo raso. El emperador, irritado de su constancia, dió la orden al prefecto Modesto que los acometiese con las tropas la primera

(1) Theodoret. lib. 5, cap. 6.

vez que se reuniesen, sin perdonar edad ni sexo alguno. Despues que se hizo amigo de San Basilio, como favorecia á los católicos, les notició en secreto el prefecto el mandato que tenia; pero quedó pasmado cuando los vió correr á todos al lugar de la junta para no perder el martirio (1). Se admiró sobre manera del valor de una infeliz muger que, mostrando la misma alegría que si viera los cielos abiertos, llevaba asido de la mano un tierno niño, y con la otra separaba la multitud para llegar á hora de recibir con el niño la corona del martirio.

Volvióse Modesto á decir á Valente que era preciso dejar en paz á los católicos ó determinarse á degollarlos á todos. Los congregó el prefecto algunos dias despues, y les representó con dulzura el riesgo de su resistencia. «¿Y qué os cuesta obedecer?» les dijo; no se trata mas que de comunicar con el emperador. — «¿Pues qué, el emperador se ha hecho obispo?» contestó un sacerdote llamado Eulogio. — «No», respondió pacíficamente el prefecto; pero os exhorto por vuestro bien á que comuniquéis con los obispos de su comunión. Todos contestaron con gritos y demostraciones de horror. Hubo muchos de estos generosos ortodoxos confinados hasta Antinoó en la Tebaida; y entre otros este mismo Eulogio y Protógenes, que en su destierro convirtieron un sinnúmero de idólatras.

Se estendió la persecucion desde la Siria á Egipto; pero solo despues de la muerte de San Atanasio, sucedida en el curso de este mismo año de 373. Despues de cuarenta y seis años de obispado pasados en un continuo sobresalto, murió al fin con tranquilidad en los brazos de su pueblo. La Historia Eclesiástica de sus dias, que, por decirlo así, no es otra cosa que su historia personal, muestra ampliamente el carácter

(1) Theodoret. lib. 2, cap. 16.

y el mérito de este hombre de la diestra del Altísimo. Respecto á sus escritos, Focio, el mejor crítico de los escritores de su lengua, halla en ellos con una diccion pura, fácil y abundante, una fuerza y finura inimitables. Todo cuanto dice lo presenta con la mayor claridad; su lógica es la mas segura, y al propio tiempo susceptible de espresiones nobles y de los adornos de la mas sublime elocuencia; pero su mayor arte consiste en ocultar el arte mismo, y nada parece tan sencillo y natural como sus rasgos mas victoriosos. De tal modo se insinúa en los ánimos, que hace desaparecer su persona: no es el autor, sino la razon misma la que domina al lector, y este se halla persuadido sin notar que se le queria persuadir. Doctor, en fin, y orador de consumada sabiduria, de un gusto esquisito y de una perfecta exactitud en la espresion, proporciona debidamente en todas partes las frases de su discurso á la materia que trata y á las personas que le escuchan.

Antes que espirase se le rogó que eligiese su sucesor, lo que creyó debia hacer en unos tiempos tan difíciles, sin que temiese agravar la cuenta que iba á dar al Juez Supremo. Así, pues, nombró á Pedro, compañero fiel de sus viages y de sus trabajos é infortunios, á quien su madura edad y esperiencia, su talento y virtudes eminentes hacian á propósito para esta elevada y peligrosa dignidad. Mostraron unánimemente su alegría con vivas aclamaciones el clero y todas las clases de los ciudadanos, el pueblo, la magistratura y la nobleza. Los solitarios abandonaron sus soledades para tener parte en el regocijo comun, y los obispos cercanos, habiendo acudido en número crecido á la iglesia patriarcal, ordenaron al nuevo patriarca, el cual escribió al instante al Sumo Pontífice y á los prelados principales de las diferentes regiones.

Mas habiendo despertado la muerte de

Atanasio las esperanzas de los arrianos de Egipto, escribieron sin pérdida de tiempo á la corte que se hallaba aun en Antioquia. Mucho antes habian ordenado á Lucio para la silla de Alejandria. Euzoyo, obispo arriano de Antioquia y merecedor de tal comision, creyó que interesaba á la secta ir él en persona á poner en posesion á este colega herege; empresa que aprobó Valente, y para cuya egecucion envió tropas. La primera diligencia fué echar á Pedro, y entonces se renovaron con una especie particular de escándalo y de impiedad las horribles escenas que tantas veces habian desolado aquella ilustre y desgraciada iglesia. Infames farsantes subian desnudos á la cátedra santificada con los documentos divinos de Atanasio, y del mismo modo se presentaban en el altar sagrado, haciendo y diciendo en él lo que el pudor apenas se atreve á recordar. Parecia que los arrianos y los idólatras tenian un mismo culto, asi como no tenian mas que un interés. Luego que llegó Lucio y entró en la iglesia, recibió los aplausos de los idólatras, que clamaron en público: «¡seais bien venido, obispo, que no recoceis al Hijo! El gran Serapis que os conduce, os llene de sus favores.»

Conservaron los católicos su afecto y amor al obispo Pedro, y haciéndose sordos á las amenazas y á las promesas, fué necesario apelar á la violencia. Los azotes y las correas de plomo fueron los instrumentos crueles con que martirizaron á los inocentes: la mayor parte de ellos fueron conducidos á los calabozos, y á otros muchos mas se les embarcó para el destierro. No pocos padecieron muerte, y lo mas sensible y doloroso era que despues de tantas crueldades se miraba como un crimen digno de los mismos tormentos hasta el verter siquiera algunas lágrimas de compasion. Padecieron las mismas violencias las iglesias contiguas; y algunos prelados, que en tiempo de Cons-

tanzo y Juliano habian confesado á Jesucristo, experimentaron tratamientos aun mas rigurosos; pero la mayor severidad se ejercia siempre contra los que trabajaban mas eficazmente en mantener la verdadera fé en los pueblos.

Isidoro, compañero de Atanasio en su glorioso viage de Roma, y los dos Macarios, el de Alejandria y el de Egipto, fueron transportados y abandonados en una isla idólatra, donde todavia no se habia predicado el Evangelio (1). A su arribo la hija de un sacrificador, poseida del demonio, principió á gritar: «¡Qué poderosos sois, siervos de Jesucristo! ¿Quién podrá resistir á vuestra virtud? Os cedemos el lugar:» y concluidas estas palabras cayó en tierra. En vista de esto acercándose los tres confesores la levantaron y la restituyeron una salud completa. Viendo este prodigio, todos los moradores de la isla con el padre y la hija se convirtieron y recibieron el bautismo. Al instante que se esparció en Alejandria la noticia de este suceso, corrió tumultuariamente el pueblo á quejarse á Lucio, manifestándole de una manera tan viva el temor que tenian de que el brazo divino descargase su cólera sobre la ciudad, si no dejaba de perseguir á los tres amigos de Dios, que temiendo el falso patriarca una sedicion, mandó secretamente que se les dejase volver á sus retiros.

Nada era mas justo ni mas bien fundado que la veneracion de los pueblos á estos ilustres solitarios. Habia sido educado Isidoro en el monte de Nitria, soledad respetada entre todas las de Egipto, y lejana doce ó trece leguas de Alejandria. Vivian allí cinco mil ascetas, cada cual segun los varios impulsos del Espíritu de Dios; estaban divididos en cincuenta casas, unos solos, otros de dos en dos, ó muchos reunidos.

(1) Theod. hist. lib. 4, cap. 24.

San Isidoro, distinguido entre esta multitud de Santos, fué ensalzado al sacerdocio y encargado del gobierno de un hospicio ú hospital muy célebre en Alejandria.

De los dos Macarios, el egipcio llamado tambien el antiguo, fué el primero que moró en el desierto de Sceta, mostrando tanta prudencia desde sus primeros años, que le llamaban el jóven viejo, y á los cuarenta años tenia el don de milagros; los mas señalados que hizo fué el haber resucitado tres muertos. Fué elevado al sacerdocio, asi como tambien Macario de Alejandria, que habitaba unas veces en Nitria y otras en Sceta, que distaba un dia de camino de Nitria. Se le ordenó para el monasterio de las Celdas, distante solas tres leguas del monte de Nitria. La soledad de las Celdas tomó su nombre del inmenso número de celdas que habia repartidas en toda la region. Ocupaban un vasto espacio, á causa de estar apartadas unas de otras, para que no pudieran verse ni oirse unos á otros y habia en medio una iglesia comun donde se reunian los sábados y domingos.

San Macario el jóven es célebre especialmente por la austeridad de su vida. En el discurso de siete años no comió cosa alguna que hubiese pasado por el fuego, y durante otros tres años continuos solo comió cuatro ó cinco onzas de pan mojado en agua. Hablando un dia de racimos de ubas, le enviaron algunos muy hermosos; pero el Santo los mandó llevar á uno de los hermanos que estaba enfermo; este por el mismo espíritu de mortificacion los envió á otro; este al cuarto, y de esta manera hasta el último, que los volvió á Macario sin saber que salieron de su mano (1). Para acostumbrarse á vencer el sueño, pasó veinte dias y veinte noches á la inclemencia, espuesto á los rayos abrasadores del sol, y al frio de la

(1) Pallad. cap. 69.

noche que tal vez es mas insoportable por el contraste con los calores del dia. Cuarenta enteras pasó sin tomar mas alimento que algunas hojas de berza, y esto solamente el domingo. Todos los cuarenta dias permanecia de pie, sin acostarse un solo instante, ni variar de sitio, orando ó trabajando sin la menor interrupcion en la misma postura.

Hacia los confines del Egipto y de la Palestina habia otro solitario llamado Moisés, cuya gran reputacion llegó á oídos de la princesa Mauvia, reina árabe; bastante poderosa para inquietar á Valente en las fronteras. Hizo la paz con los romanos, y estipuló como una de las mejores condiciones, que se elegiria por obispo de sus súbditos al solitario Moisés, sarraceno de nacimiento. Era ya cristiana esta reina, y su nacion tenia algunos principios de la misma Religion; pero queria instruirla mejor. Gozóse el emperador de salir con tanta facilidad de paso tan difícil y mandó conducir inmediatamente á Moisés á Alejandria para que allí fuese consagrado, y se le presentó al obispo arriano Lucio. Pero Moisés le dijo en presencia de los magistrados y del pueblo reunido: «Detenéos, no soy digno del ministerio á que se me eleva; pero si se quiere que lo admita aunque indigno, tomo por testigos al cielo y á la tierra de que no recibiré la imposicion de unas manos manchadas con las profanaciones de la heregia y con la sangre de tantos Santos.» Respondió Lucio: «Me juzgais temerariamente, é ignorais cuál es mi fé.» — «Los obispos, repuso Moisés, los sacerdotes y los diáconos atormentados de mil maneras deponen demasiado contra vos; los hechos son mejores pruebas que las palabras (1).»

No respiraba Lucio sino venganza; pero no habia medio alguno para ejecutarla, y

(1) Ruf. lib. 11, cap. 6.

Así fué preciso conducir el santo hombre á los obispos ortodoxos refugiados en los montes. Fué ordenado allí, y luego marchó á juntarse con sus sarracenos, entre los cuales halló pocos que fuesen verdadera y sólidamente cristianos; pero con su perseverancia en instruirlos y con un gran número de milagros, los hizo unos fieles dignos de la emulacion de las cristiandades mejor cultivadas. Tuvo sucesores que como él llevaron el título ya de obispos de los sarracenos, ya de obispos de los campos ó de las tiendas, porque estos pueblos, errantes de provincia en provincia, moraban ordinariamente en tiendas.

Por el propio tiempo poseian las Galias un pastor aun mas maravilloso en la persona del gran San Martin, á quien una veneracion acorde habia elevado á la silla de Tours. Desde su monasterio de Ligugey, el mas antiguo que seamos haberse edificado en las Galias, pudiendo en él mas la caridad, su virtud dominante, que el amor de la soledad, habia hecho muchas escursiones apostólicas para sacar de su ceguera á los moradores de los campos, idólatras aún en gran número. De esta suerte habia dado á conocer su celo y sus divinos talentos, y se contaban ya en el número de sus milagros dos muertos que habia resucitado. El episcopado no mudó en él cosa alguna de su método de vida, ni aun en la pobreza de sus vestidos; pero lejos de envilecer con esto la dignidad la hizo mas venerada, aumentando sus trabajos sin disminuir sus austeridades ni su abnegacion. Su exterior poco recomendable, la sencillez de sus modales, su cabello en extremo desaliñado, consideraciones importantes á juicio del siglo, y que algunos prelados de una piedad regular no se habian corrido de oponer á su eleccion, solo sirvieron para mostrar mas patentemente que la santidad y el verdadero talento, cuando se poseen

en supremo grado, bastan siempre para condecorar á un pastor.

Para tener cerca un lugar fijo de recogimiento, que en algun modo sustituyese á su amada soledad de Ligugey, fundó un nuevo monasterio entre el Loira y un monte escarpado, en un sitio tan fragoso entonces que se miraba como un desierto, aunque solo distaba media legua de la ciudad. Hubo allí hasta ochenta monges, los cuales tenian cada cual su celda apartada de la del otro, construidas la mayor parte en la montaña. Tales fueron los principios del insigne monasterio de San Martin, llamado despues Marmontier ó monasterio mayor, de donde las iglesias mas distinguidas se tenian por felices en sacar sus obispos. Fuera de la abstinencia y austeridades de los religiosos mas fervorosos, lo mas notable de la regla de estos cenobitas es, que por un desprendimiento propio de su profesion no se les consentia vender ni comprar, como los demás tenian costumbre de hacerlo. Unicamente se ejercitaban en copiar libros, y aun en esto solo se ocupaban los jóvenes, porque se juzgaba este trabajo preciso á la mayor viveza de su imaginacion. Los mas viejos vacaban únicamente á la contemplacion de las cosas celestiales; particularidad digna de observarse, y que debia inspirar alguna reserva á los censores determinados á criticar todos los usos que no se acomodan con su regularidad sistemática, por mas análogos que puedan ser á las costumbres, á los tiempos y á los lugares.

Poco despues de su elevacion al episcopado se creyó Martin obligado á ir á la corte de Valentiniano, á pesar de su amor á la soledad, con motivo de ciertos negocios interesantes sin duda á la Religion, pero que no se dice cuáles fueron. La emperatriz Justina, propicia á los arrianos, previno al emperador contra el santo obispo, cuya aversion estremada á estos hereges le era bien conocida,

Vedó Valentiniano admitirlo á su audiencia, la que en efecto se le negó; pero habiéndose puesto en oracion el santo obispo, se le apareció un ángel, y le dijo que volviese con fiadamente al emperador. Volvió á palacio, encontró todas las entradas libres, y penetró hasta donde se hallaba el príncipe, el que sin embargo le manifestó al primer aspecto una indiferencia afectada y de desprecio, tanto que Valentiniano parecía poner un estudio particular en no hacer movimiento alguno que honrase al Santo: pero habiéndose incendiado de repente la silla donde se hallaba sentado, se levantó con espanto, y mudado con este prodigio corrió á abrazar al obispo; condescendió generalmente con todos sus deseos, sin darle treguas para explicarlos; y durante su estancia en la corte le hizo comer muchas veces á su mesa; maravilla que sorprende poco en la vida de un Santo que fué no menos el Taumaturgo de su siglo que la gloria de la iglesia galicana.

No nos detendremos en referir circunstanciadamente el número infinito de prodigios que el Todopoderoso obraba todos los dias por su medio. Ahuyentaba los demonios, sanaba los enfermos mas incurables, resucitaba los muertos, y hacia tantos milagros que los escritos de los autores contemporáneos se hallan llenos de estos hechos que muchos habian visto con sus propios ojos, en especial Sulpicio Severo, que fué discípulo del Santo, y que viviendo este escribió una parte de ellos. Este hombre, lleno de talentos y aun de ambicion antes de convertirse, creyó que no podia estudiar en otra parte mejor las reglas de la perfeccion evangélica, que en las lecciones y ejemplos del admirable obispo de Tours, á quien observó con la mayor atencion (1). Contra la preocupacion arraigada en su

tiempo acerca de la humilde sencillez de Santo, nos dice que en ninguna otra persona habia advertido no sólo tanto mérito sobrenatural, sino tambien tanto espíritu, tanta erudicion, y aun tanta pureza en la diction. Este Sulpicio Severo es diferente de San Sulpicio, llamado el Severo y obispo de Bourges, con quien se le confundia antes. No era mas que sacerdote, y gobernó dos iglesias bastante distantes una de otra, en las que cada domingo iba á celebrar sucesivamente los santos misterios. Este es el primer egemplo que se encuentra, á lo menos en las Galias, de la costumbre de celebrar habitualmente dos misas en un día. Este escritor lleno de arte, de elegancia y amenidad, compuso tambien, con el título de Historia Sagrada, un compendio muy bien escrito de la historia del viejo Testamento y de la Historia de la Iglesia, con tres diálogos, el primero sobre los solitarios de Oriente, y los otros dos sobre las virtudes y milagros de su santo maestro; materia que nunca creia poder agotar.

El don de milagros en aquel eminente grado que se admiraba en los primeros predicadores del Evangelio, fué concedido por el cielo á este varon apostólico, cuyo destino era consumir la ruina de la idolatria entre los moradores de las aldeas, que eran los mas apegados al gentilismo, tanto que de la voz *pagus*, aldea, se llamó paganismo; estos eran mas susceptibles de oír la voz de los milagros que los racionios de los doctores y los oráculos de los profetas. Así pues, desterró Martin la supersticion hasta de sus asilos mas oscuros y aun de las regiones que oponian mas resistencia y parecian inaccesibles. En las que solo se encontraban muy pocos fieles; apenas dejó un idólatra, y edificó muchas iglesias u oratorios á gloria de Jesucristo.

Mas si las reliquias del paganismo hacian necesario en la Galia á este hombre de

(1) Sulp. Sev. Vit. S. Mart. cap. 10. et seq.